

¿HUANACAURI O HUAYNACAURI?

El historiador Garcilaso, al referirse á la fundación del Cuzco, que fija en el año de 1043, entre otras cosas dice:

“Manco Ccápac fué proclamado por Inca, que quiere decir rey ó señor; y dió principio á la monarquía constituyéndolo su corte en esta ciudad, la que dividió en dos partes: la septentrional poblada por aquellos á quienes redujo el rey, se llamaba Hanan-Ccozcco; y la parte meridional que ocupaban los reducidos por la reina, tomó el nombre de Huin-Ccozcco. Luego mandó edificar templos para el Sol: el primero en el cerro de HUANACAURI, y el segundo en Coricancha. Mandó también construir un palacio en el punto de Ccöleampata, etc.” En otra parte, aceptando como más verosímil la tradición de la salida de Manco Ccápac de la isla de Titicaccca, y no de Páccaric Tampu aceptada por Herrera y Fernández de Córdoba, dice: “Manco Ccápac salió pues de Titi-Ccaccá con su hermana Mama Huacco Ocello, con quien se casó á los catorce años de su edad, y algunos otros que le siguieron, caminando hacia el norte, plantando en todas partes la barretilla de oro que su padre el Sol le había dado en señal, para que en donde ésta se hundiese al primer golpe estableciese allí su asiento y corte; hasta que llegados al cerro HUANACAURI, situado á dos leguas al Sur del valle del Ccozcco, se sumió al primer impulso, y de modo que no se la volvió á

ver más. En virtud de tal fenómeno, propuso Manco á los suyos se ejecutase lo mandado por su padre, respecto de haberse cumplido la señal ofrecida”, etc.

En otra parte, después de hacer la descripción de las fiestas ó rainis dice: “Los Incas celebraban por fin la fiesta llamada Citua, con el propósito de purificarse de sus faltas y delitos y de desterrar de la ciudad y de los lugares circunvecinos las enfermedades y otros males nocivos y perniciosos. Muchas eran las ceremonias que en ellas se practicaban, precedidas de un ayuno general, durante el que se abstenían del comercio carnal de los sexos. Había dos especies de ayuno entre los Incas. El más severo era aquel en que no bebían más que agua y no comían sino un poco de maíz crudo, durante tres días consecutivos: se llamaba HATUN-CACI, es decir, gran ayuno. El segundo llamado CACI no era tan rudo ni molesto como el primero, porque les estaba permitido comer el maíz tostado y algunas yerbas crudas, bien que condimentadas con sal y ají. También podían beber su ordinario licor, pero muy parcamente”.

“Después de haberse preparado así todos sin excepción, se contraían á amasar el pan que se llamaba Ttanta. Algunos de estos panes cocidos en marmitas, los mezclaban con la sangre que á los niños de edad de cinco años les sacaban de las cejas y las narices. En casos de enfermedad esta era la única clase de sangría que usaban los antiguos peruanos. Todos cuantos habían ayunado se lavaban el cuerpo la misma noche en que se había hecho el pan, poco antes del amanecer; en seguida tomaban unos pedazos del pan amasado con sangre, y con ellos se frotaban la cabeza, el rostro, el espinazo, las espaldas, los brazos y las piernas, á fin de purificarse, decían ellos, pues que creían con tal procedimiento alejar de sus cuerpos todo género de reato, de enfermedades y de males. Luego, el anciano más caracterizado de la familia frotaba con el mismo pan la puerta de calle, donde lo dejaba pegado como una señal de la purificación de los cuerpos que se había operado en la casa. Mientras tanto, el gran sacerdote practicaba las mismas ceremonias en el palacio del Inca y en el templo del Sol; él mismo enviaba otros sacerdotes

para que hicieran otro tanto en la casa de las mujeres de este astro y en Huanacauri á dos leguas al S. O. de la ciudad, donde existía un templo que era sumamente venerado por ser este lugar el primero en que se detuvo Manco-Ccápac, como lo dijimos ya en otra parte. Inmediatamente que el Sol lanzaba sus primeros rayos, al día siguiente de lo practicado, le adoraban todos, rogándole con la mayor humildad para que se dignase apartar de ellos todos los males internos, y externos, y en seguida rompían su ayuno comiendo la otra clase de pan que no estaba mezclado con sangre”, etc.

Cualesquiera que haya sido el lugar de procedencia de Manco Ccápac, el lago Titicaca, Páccaric-tampu ó Tampo-Tocco y aceptada la leyenda de su aparición, el cerro de Huanacauri está situado de tal manera que hay que tocar siempre con él viniendo á la ciudad del Cuzco, sea del Collao, por las alturas, ó sea de Paruro ó Yaurisque, por el paso obligado del abra que está á su lado.

El entusiasmo que se despierta hoy por conocer algo de nuestra historia antigua y de muchas ruinas; la curiosidad de nuestros visitantes por conocer esto mismo, sorprendiéndonos á veces con interrogaciones sobre nuestra propia historia, las que no siempre podemos absolver, lo que es un motivo de rubor para todo cuzqueño; los descubrimientos científicos que los extranjeros llevan á cabo en materia de arqueología y otras con más interés que los hijos del terruño que tenemos obligación de conocer nuestra historia; las palabras de nuestro joven y ya ilustre historiador doctor José de la Riva Agüero dirigidas á la juventud del Cuzco, cuando su incorporación como miembro honorario de la Asociación Universitaria de nuestra Universidad, todas estas consideraciones unidas al amor, que siempre he sentido por la juventud estudiosa, han despertado también en mí, que he pasado los lindes de esta edad florida, la afición, si bien tardía pero no menos bien intencionada, de contribuir con un grano de arena á esta clase de estudios, sea siquiera como un estímulo á los que plétóricos de energías tienen la obligación de desentrañar en lo posible los problemas de nuestro pasado.

Es proverbial el dicho del sabio Humboldt al referirse á las riquezas materiales del Perú de ser éste: "un mendigo sentado sobre un banco de oro". La historia, la arqueología, la antropología, la geología y paleontología, la geografía misma, especialmente la de nuestra región montañosa, donde está el porvenir del Perú: la etnología y la filología, he aquí otras riquezas de mayor valor que el oro más fino: la ciencia, ¡Juventud peruana, es á tí á quien toca explotar estos ricos filones; especialmente á tí, dormida y postergada juventud cuzqueña!

A pesar de la injusta prevención que se ha tenido al historiador cuzqueño el Inca Garcilaso de la Vega, negándole especialmente la imparcialidad por ser descendiente de los Incas, creemos con el doctor José de la Riva Agüero que él ha reunido más condiciones de credibilidad que cualquier otro historiador ó cronista del Imperio del Tahuantinsuyo, por lo mismo que como alguien ha dicho: "la Tradición es la madre de la Historia", y él la tomó de sus mismos antepasados con la inmensa ventaja, sobre otros, de poseer su idioma. Queriendo constatar la verdad de las referencias que hace al cerro llamado Huanacauri, donde dice se constituyó un templo por orden de Maco-Ccápac, hice algunas excursiones á este lugar, sin éxito en las dos primeras veces, en las que solo hallé pequeñas ruinas de ninguna importancia, me valí de un indígena anciano, al parecer de 80 ó más años de edad, llamado Mariano Huamán, vecino de la parcialidad nombrada Puna-cacha, que está cerca al cerro Huanacauri, quien me hizo ofrecimiento de enseñarme las ruinas, como en efecto se verificó pocos días después.

Ya con la seguridad de llegar al lugar, invité al señor Rector de la Universidad, doctor Alberto A. Giesecke, y al Catedrático de Historia de la misma doctor José Gabriel Cosío, quien por inaplazables ocupaciones de última hora no pudo acompañarnos. Constituidos con el doctor Giesecke, el día 10 del actual, en el abra de Punacancha, donde por convenio anticipado debía aguardarnos nuestro guía, y algo más que ásto, nuestro tradicionista Huamán, le escuchamos la siguiente interesante leyenda, en idioma quechua, se so-

brentiende: "Mis padres me referían que en lejanos tiempos vino del Collao un señor muy poderoso llamado "Ccolla-Ccápac", en compañía de una hija, trayendo gente y muchos ganados, quien hizo algunas construcciones y especialmente una acequia para conducir agua de muy lejos; que sufrió el rapto de su hija. á quien buscó por todas partes, y colérico al no haberla hallado, resolvió regresarse al Collao, de donde había venido, arreando siempre sus ganados y destruyendo antes la acequia y poniendo después un inmenso cerco para impedir que el ganado regresase á estos lugares, dejando sola una puerta llamada Puma-punco (Puerta del jaguar): que el raptor de la hija de Ccolla Ccápac fué el astuto mancebo Huanacauri, que fué inca después, quien dió nombre al cerro y cuya casa, que estaba en lugar muy reservado, íbamos á visitar dentro de pocos minutos".

La primera ruina que visitamos se halla en el fondo de una quebrada que desciende del abra de Pinnacancha, á corta distancia del camino que vá á Paruro. Consiste en pocas habitaciones de construcción ordinaria, de piedras sin labrar y tierra; en los interiores existen las alacenas trapezoidales que se encuentran en toda construcción incásica; existen todavía en pie, aunque ya muy inclinados, dos mojinetes de una de las habitaciones, en uno de los cuales hay una ventana que mira á la ciudad del Cuzco. Estas habitaciones están asentadas sobre andenes, algunos de los cuales son de piedra labrada y construídos con bastante arte; estas construcciones están debajo de un gran peñón ó monolito, que seguramente en aquellos tiempos constituyó un objeto de adoración, ya que los pueblos en su infancia principiaron por el culto de la Naturaleza. De estas habitaciones desciende una escalera de piedras hasta la quebrada donde el agua brota de la Peña en diversos lugares y en pequeña cantidad, descendiendo después por un canal bien construído de un metro de ancho, casi por otro tanto de alto. Dice el indígena á quien me he referido antes, que este lugar se llama el baño del Inca. Por las razones antes expuestas, opino porque estas ruinas, á pesar de su pequeñez, son los restos del templo mandado construir por Manco Ccápac y al que se refiere

Garcilaso. Después que el doctor Giesecke tomó algunas fotografías de estas ruinas y saliendo de la quebrada, principiamos la ascensión hacia el cerro Huanacauri, donde después de dejar las cabalgaduras, proseguimos el camino por una senda ya borrosa y por entre pajonales. Algunas cuerdas antes de llegar al sitio de las ruinas, el indígena Huamán nos manifestó que nos hallábamos cerca á ellas y que había necesidad de saludar á los Auquis con algunas libaciones para que no se enojaran, encareciéndonos que debiéramos presentarnos respetuosamente en el lugar. En efecto, principió por quitarse el poncho usado que llevaba para cambiarlo por otro nuevo que había llevado reservadamente; hizo abluciones con el licor que se le invitó; rehusó fumar cigarrillos, diciendo que en esos lugares no debía usarse el tabaco, que no agradaba á sus antepasados, sino solamente la coca: se quitó el sombrero y avanzó, en actitud reverente, hasta enseñarnos el sitio de cierta distancia. Instado á penetrar al interior de las ruinas, se aproximó haciendo genuflexiones y saludando cual lo hiciese á personas vivientes. Persuadible á que se le tomase una fotografía en la que él, sentado sobre uno de los muros, haría las veces del inca Huanacauri, sentado sobre las ruinas de su casa, aceptó pero protestando de que se le comparase siquiera con los incas, que fueron seres superiores á nosotros, prueba de ello que no podíamos hacer las mismas construcciones que ellos; que tenían un poder sobrehumano, pues ablandaban las piedras ó las hacían marchar á látigos, donde querían, para construir grandes cercos y otros edificios, de la noche á la mañana, etc'. Al ver la Kodak y un anteojito que traíamos, decía Huamán, que si esos instrumentos servían también para descubrir tesoros, que en tal caso podríamos hallar la barreta de oro que dice existe en ese lugar. Dijimosle que nó y que nuestro objeto únicamente era conocer las ruinas para apreciar su edad, á la que nos repuso que era imposible, pues que ellas eran de tiempo inmemorial.

Estas ruinas consisten en un buen número de habitaciones cuyas puertas dan á un callejón lateral; su construcción es del mismo material que las anteriores, es decir de pie-

dras toscas y barro, de paredes destruídas ya casi hasta los cimientos, lo que demuestra su gran antigüedad, siempre con las consabidas alacénitas en los interiores; la construcción está hecha sobre un terreno rocalloso que por uno de los flancos es inaccesible por estar formada por un gran farallón natural como cortado á pico.

Si aceptamos la venida de Manco Ccápac como un hecho histórico, despojándolo ya de su parte fabulosa, sería más que probable que este lugar fué la primera residencia del fundador del gran imperio del Tahuantín-suyo, desde donde seguramente asedió á los pobladores del Ccoscco, hasta reducirlos, mediante las armas, y no solo con la persuasión.

Actualmente existen los restos de un camino que parte de este sitio á la ciudad del Cuzco, llamado Inca-nan (camino del Inca). Hemos notado que en este lugar se han hecho muchas excavaciones, todas de forma circular, más ó menos de un metro de diámetro, circuidas con piedras pequeñas: no cabe duda que son sepulcros.

Estas construcciones están en un lugar tan reservado y casi inaccesible, que fácilmente no se puede llegar á ellas sin un guía. Todo el edificio mira hacia la ciudad. Se tomaron algunas vistas por el señor doctor Giesecke.

Hay diversas interpretaciones sobre el significado etimológico de la palabra Huanacauri, y aún sobre si está escrita con propiedad ó se halla alterada. El notable erudito cuzqueño señor Dr. José Lucas Caparó Muñiz, dice que es: "Huanay Ccahuari", que quiere decir: "Escarmienta y mira". Otros dicen: Huaina-Ccahuari, joven mira. En mi concepto, la verdadera palabra es Huaina-cauri, que tiene completa analogía con otras palabras quechuas que precisamente expresan nombres de cerros, como Huaina Ccorecor, Huaina-pputina (Volcán), Huaina-piccho, Huaina-murayaca, etc; además tenemos otros nombres: Huaina-Ccápac (Inca), Huaina-rímac, etc. No hay razón para alterar la palabra Cauri, tan solo para acomodarle una interpretación cualquiera por ignorarse su significado. Ella existió desde tiempos anteriores á la época incásica. Nada menos que el historiador Montesinos dice que uno de los reyes de esta época se

llamaba Túpac Cauri, de quien se dice estableció el sistema de los quipos. Creo que el conocimiento verdadero de la etimología de las palabras quechuas, y muchas veces aún su sola correcta escritura, sin alterar su pronunciación, podría conducirnos al descubrimiento de muchos hechos que parecen fabulosos ó dudosos por lo menos. Mucho podríamos avanzar conociendo el significado de los nombres propios: Ayar, Manco, Cauri, Picchu y otros muchos.

El doctor José de la Riva Agüero, al referirse á Huanacauri, dice: "el Cuzco, lugar santo por excelencia, estaba rodeado hasta la distancia de varias leguas, de infinidad de huacas, oratorios ó mochaderos, en donde se veneraban ídolos subalternos. Algunos de estos consistían en las sagradas piedras que rememoraban á los místicos abuelos de las cuatro tribus incas. El santuario de Huanacauri, situado á dos leguas y media al sur del Cuzco, guardaba la peña en que la fábula decía que se convirtió Ayar-ucho, y sin duda fué el antiguo templo de la tribu de Ayar-ucho y de los alcahuizos. Vemos en el padre Cobo que en el barrio de Ttocco-cachi (nicho ó cueva de la sal) adoraban á uno de los compañeros de Manco Ccápac, (descendientes de Quizco-sinchi, según las informaciones de Toledo), rendían culto á otra piedra en que se había trocado un gran señor (probablemente el mismo Quizco). Los Huallas, primeros habitantes del valle del Cuzco, al principio estrechados y luego expulsados por los Incas, recordaban que pacarina, ó capilla solariega, era la huaca de Antuiturco".

La piedra de la leyenda, en que fué convertido Ayar-ucho, es, sin duda, á la que me he referido anteriormente, y que se halla en la parte superior del templo de Huanacauri. Este célebre cerro no solo era famoso como lugar de ceremonias religiosas y de adoración, sino también de ceremonias simbólicas de la coronación de los príncipes incas y de las pruebas á que se les sometía en el huaracay, siendo una de ellas la carrera, sin parar un instante, que emprendía desde Huanacauri hasta la fortaleza de Sacsai-huaman.

De lo expuesto anteriormente concluyo: queda comprobada la verdad de lo dicho por el historiador Garcilaso de la

Vega en cuanto á la existencia de un templo mandado construir por orden de Manco Ceápac en el cerro Huanacauri; que estas ruinas tienen próximamente la edad del Cuzco, es decir, 870 años, admitiendo como año de su fundación el 1043; que la tradición subsiste entre la raza indígena, aunque desfigurada por el trascurso del tiempo, y que constituye para los poseedores del idioma quechua, como somos los cuzqueños, un flón explotable para conocer de mejor manera nuestro pasado.

Cuzco, 1913.

Romualdo Aguilar.

